

su Padre, y sea su Madre vuestra Madre.—

Recibido el celestial alimento, quedó largo rato absorbida en acción de gracias. Pasó lo restante de la mañana en una quietud placidísima, oyendo con frecuencia algún trozo de la Pasión de Jesucristo, que Julia leía. Dando así tregua á los asuntos del cielo, dirigió su espíritu á los de la tierra. Frecuentemente hablaba con John de las cosas de familia. Entró el notario, que se detuvo hora y media. Entre tanto los síntomas de la enfermedad terrible erau más evidentes á cada momento.

LXXXV.

EL TESTAMENTO Y UNA MEDIA IDEA.

En la tarde del tercer dia desapareció toda duda sobre la naturaleza del mal: tífus declarado. Con todo, Julia estaba siempre alrededor del lecho de la enferma querida: á los avisos amorosos para que obrase con cautela, respondía:—No temais, señora; tomo precauciones.—Seguía su obra, como si hiciese un ramo de flores. Sobre todo por la noche parecía que no hallaba medio de separarse de su pobre calenturienta; salía del cuarto y volvía preguntándole si le faltaba ó no algo, después

quería recordarle una oración, componerle la almohada, ó darle á beber un cordial. A poco de salir volvía nuevamente á entrar, ya diciendo que se había olvidado de renovar una medicina; ó que tenía precisión de avisar á la que velaba: pronto con un pretexto cualquiera comparecía otra vez porque deseaba encontrarse allí en la hora prescrita para dar algo á la enferma.

Una tarde, apenas se podía sostener, quebrantada por los asíduos servicios del día, y de las noches precedentes. John vió sentarse un poco y dormitar.—Miss Julia, le dijo; es necesario que salgais y descanséis una noche cómodamente.

—Pero

—Os lo pido por merced; sea cual sea vuestra excelente voluntad, las fuerzas humanas tienen sus límites.

—Continuaré sobre un sofá en la estancia proxima, por si acaso

—No es menester. Si ocurre algo, la que vele por la noche os llamará.—

El joven hizo esta cortés indicación de una manera tan firme, que la pobre Julia tuvo que inclinar la cabeza, y después de continuar un rato con la doliente, como para despedirse de ella, se retiró á su cuarto: John se sentó en una butaca en el salón

próximo á la alcoba de su madre. Muy tarde, la enferma se quedó algo más tranquila que de costumbre, por haber dormido un par de horas. Asomose John, y le dijo ella:—Pues estamos solos, tengo que decirte una cosa. Abre mi cajón, y toma sus papeles.—Hízolo el joven; contenía la copia de un codicilo. Al ver de qué se trataba, lo encerró con horror, diciendo:—Madre mia, no tengo duda de que volveré á veros buena y sana Sólo al pensarlas, me dañan estas cosas.

Sin embargo, ¿qué mal sufrirías leyéndolo, aunque yo sanase? Toma el asunto por su parte buena: lee, y dime si te gusta. Hace años que hice testamento, y no juzgo deber mudarlo: creo que lo dispuse con toda la conciencia de una buena madre. Aquí he querido asegurar alguna cosa nueva que me ha ocurrido después de mi conversion, y que requiere tu buena voluntad: vamos, lee.—

Para no contradecir John á su madre, leyó pero de mal talante. Halló palabras de fe, retractaciones de algunas expresiones protestantes del testamento, legados en sufragio de su alma, y otras disposiciones semejantes, que John leía ligeramente, con voz muy baja. La madre lo detuvo en cier-

ta parte:—Fíjate aquí.— El párrafo decía: “Dejo la más rica de mis joyas, esto es, la diadema de brillantes con los pendientes y el alfiler del pecho, para Nuestra Señora de Lourdes. En aquel Santuario me hirió el rayo más vivo de luz, y me obstiné, con todo, en cerrar los ojos: la joya será una prenda de gratitud y un acto de enmienda. Como para la fábrica del Santuario será más útil el dinero, mi hijo John comprará la joya por su justo precio, reteniéndola con el fin de adornar á su esposa. Sobre su etuche se pondrá: *Joyas compradas á Nuestra Señora de Lourdes*. Así, haciéndola modificar según la moda, sí es preciso, verá resplandecer sobre la frente de su compañera un recuerdo de su Madre celeste y de su madre terrena.”

Leídas estas palabras, dijo John:—Si es necesario, cumpliré todo esto al pie de la letra; pero el corazón me dice que mejor lo hareis vos con toda comodidad cuando llegue la hora.

—Será lo que Dios quiera; de todas maneras, me consuelo pensando que tú ó yo haremos lo que ansío. Viene ahora un capítulo en favor de miss Julia....

—No lo quiero leer, dijo John interrumpiéndola, apruebo cuanto hayais escrito;

tenemos con Julia tantas obligaciones, que ninguna demostración de gratitud será bastante. En el caso improbable, improbabilísimo, de que deba yo cumplir vuestra voluntad, procuraré poner de realce con obras que tengo más corazón del que parece.

—Te doy gracias, hijo amado, por estas frases, que verdaderamente me hacen mucho bien; al dictar estos capítulos al notario, lo hice sin poner en duda que tienes corazón; pero he contentado el mio.... De todas maneras, me darás gusto si lo lees y me dices si correspondo bien ó mal á sus beneficios aún estamos á tiempo.

Resignóse John, y leyó: “La señorita Julia, de los condes de los Laureles, ha estado en mi casa cerca de un año como dama mía y maestra de mis hijas. Me ha querido como una tierna amiga, y aún como una hermana; á mis hijas como á una madre. Ha educado á éstas como se podría esperar de un ángel del cielo, franqueándome además el camino de la salvación, así como sosteniéndome hasta el día en el camino de la virtud con sus consejos, y mucho más con sus ejemplos. Nunca podrá mi familia enaltecerla y recompensarla bastante; tanto más, cuanto no he descubierto

nunca ni sombras de miras interesadas. Por estos títulos lego á la señorita Julia, de los condes de los Laureles: primero la miniatura de la Virgen, pintada por ella misma, que fué como el primer anillo de nuestra feliz amistad; segundo, le dejo también, mientras viva, la pensión que ahora disfruta, la cual le pagará mi primogénito anualmente, á no ser que la citada señorita Julia prefiriese recibirla de una vez, computándose la suma entonces al cinco por ciento, no bien se abra este codicilo."

—¡Quién lo duda! exclamó John: no hacemos más que cumplir nuestro deber. Estad segura de que lo cumpliré todo, según lo prometo, no sin añadir la mayor prueba de cortesía de que sea capaz.... Mejor dicho, vos misma, cuando os pongais buena, hareis lo que os plazca.

—¡Pobre Julia! prosiguió la enferma: le debo más que la existencia. . . ¡morir tranquila y llena de esperanzas en el paraíso....! ¡Ojalá pudiese llevar conmigo la confianza de que concluirá la educación de tus hermanas! Más comprendo bien que, si Dios me llama, no podrá seguir aquí decorosamente.

—¿Y por qué? preguntó John.

—Porque es joven y bella . . . , demasia-

do joven y demasiado bella. Si tuvieses mujer. . . , entonces quizás, quizás.... Empero sólo en una familia donde no hay una señora de la que pueda llamarse dama, es imposible; ni querrá, ni sería conveniente que tú lo quisieras.—

Miraba John la copia del codicilo distraídamente, sin oír los amorosos consejos que con su madre había terminado. No faltaba una eficaz exhortación para que se casase á la brevedad posible y escogiese una compañera que, sobre su piedad cristiana, reuniese las cualidades precisas para cuidar de Clara y de Clemencia, que debían naturalmente hallar un padre en su hermano y una madre en su esposa. Mistress Needle, no advirtiendo la distracción de su hijo, imaginó que leía muy atentamente dicha maternal recomendación, y preguntóle:—¿Qué contestas sobre mi último consejo á tí dirigido?

—Esperad un momento para que lo lea, dijo John:—Y después de dar un vistazo al escrito:—Madre mía, añadió, todo esto lo arreglaremos con amor y en armonía cuando consigais la salud. Entonces no necesitareis darme prisa, cosa que me gusta tanto como el humo en los ojos. No lo dudeis: nos entenderemos.

—¡Dios lo quiera! replicó la madre; pero ¿no ha pasado por tu mente alguna idea?

Si dijese que ni aún algun idea vaga, vaguísima, me ha pasado por la mente, no diría la verdad; pero propiamente un pensamiento, un propósito, no.

—¿No puedes manifestar á tu madre esa vaga idea?

—Más oíd; ignoro si se puede llamar idea; refiérese á miss Julia.—

La madre no dió la menor muestra ni en pró ni en contra. Sin maravillarse, después de meditar un poco, preguntó:—¿Nunca le has hecho indicación, remota si quiera?

—Qué yo sepa, no.

—¿Y hace mucho que te ha venido tal idea?

—Hará unos seis meses. . . . Estabamos en Florencia, y mirabamos en una ocasión ciertas fotografías de la Aurora de Guido Reni. . . . Observaba yo aquella docena de jóvenes en miniatura. . . . no encontraba ni una fisonomía inglesa. Explicábalo miss Julia, diciendome que Guido Reni solia tomar por modelo las muchachas de Roma, cogiéndolas en el acto de rogar en la iglesia devotamente, ó de acercarse á la Sagrada Mesa, por lo cual salían de su pin-

cel con sus cabezas tan airosas, radiantes de belleza y de noble modestia al propio tiempo. Así lo explicaba miss Julia. Al decir estas palabras: la miré yo, confrontándola con una de las figuras pintadas: ¿qué direis? Julia estaba retratada, viva y parlante. Se puso muy encarnada, sin atreverse ya en lo sucesivo á mentar delante de mí la hermosura ó la fealdad de las mujeres. . . . Fantaseé luego un poco algunos días: es literata, y buena, y de índole dulce. . . . y . . . ¿qué sé yo!

—¿Y nada más? preguntó su madre.

—Nada más.

—También me había ocurrido lo propio, dijo la madre; pero me pareció una quimera.

—¿Por la dote? Me parece que, por mi gran fortuna, no necesitaré de la dote de mi mujer

—¡La dote! replicó mistress Needle: en pocos años una mujer casera y económica se gana, por decirlo así, cualquier gran dote. La dificultad insuperable está en la pública opinión. En nuestro país, un caballero no puede dar la mano á una joven que ha sido dama de su madre: sería caer y adquirir una mancha indeleble. Así es la sociedad civilizada de Inglaterra, y

casi la de todas partes: no la podemos mudar.—Calló la enferma un rato; prosiguiendo después:—Si esto no fuese, convengo también en que sería difícil encontrar más belleza, más juicio y más corazón en una muchacha: no podría imaginar una compañera más digna para tí, ni una madre mejor para tus hermanas. . . . Pero ¿de qué sirve discurrir más con el corazón que con la cabeza? Sólo para formar castillos en el aire. Por lo que puedo inferir, tú, á causa del mundo, no puedes menos de atar la voluntad al clavo. . . . Una idea destruye la otra.

—Oid, mamá, dijo John; por ahora sólo ha sido la idea de un día: no necesito desecharla con otra; la puedo deshacer como una burbuja de jabón, soplando encima. Más si llegase á tenerla y aprobarla, diría de veras: en vez de atar la voluntad al clavo, haré lo contrario.

—No te lo aconsejo. Podrías pregonar á son de trompeta por toda la Gran Bretaña que es más noble que nosotros; que su padre lleva uno de los más claros títulos de Nápoles, y que miss Julia se refugió en nuestra casa por un eclipse momentáneo que no le dejó la menor tacha: podrías demostrar todo esto de la manera más victo-

riosa; pero todo sería inútil. Tú y Julia tropezaríais siempre con las personas de nuestra clase; debería ella temer siempre que alguna desvergonzada la increpase indirectamente por su antigua condición de dama de tu madre.

—Lo sentiría por ella, dijo John animándose; más si me resolviese (no estoy aún en este caso), si me resolviese á tomar mujer, respetaría ciertamente las conveniencias sociales, pero nunca los caprichos de los demás. Si me prendara, por ejemplo, de miss Julia, y le diera en efecto mi nombre, exigiría que escribiera en sus tarjetas de visita, según la costumbre italiana, *Julia Needle, nacida en casa de los condes de los Laureles*; y quisiera ver quién se tomaría en mi casa una libertad atrevida. . . . Ya sabéis que me río sabrosamente de las bur-las, de las cóleras y de las caras serias; sabría, si quisiese, devolverlas con usura. En cuanto á ella, si alguna persona osara herir á una mujer de tal sangre y de tal mérito, que tuviese además mi nombre, sabría darle una dura lección. Somos independientes, gracias á Dios, y á cualquiera desvergonzado podemos, si es menester, darle con la puerta en los hocicos.—

Comprendió la enferma por tales pala-

bras que la idea de John no era tan aérea, y había encarnado un poco. No sabía aprobarla, ni desaprobarla del todo por absurda: la mente y el corazón no estaban de acuerdo, por lo cual añadió:—Hijo mío, no te puedo aconsejar que te cases con una de mis... Basta; dejemos esta conversación. Te digo solo que tú haces las cosas demasiado fáciles.... Hablaremos cuando pase el día de mañana: ahora estoy rendida, y quiero ver si descanso una hora más. Dame una cucharada de aquel calmante.—

Obedeció John. Al día siguiente se agravó el mal tanto, que ni la madre ni el hijo pudieron hablar de cosa seria.

LXXXVI.

EL DELIRIO Y SUS EFECTOS.

Mistress Needle se prometía una hora de quietud para conversar con su hijo, pero no pudo al día siguiente ni después. Llevaba casi una semana de enfermedad, y el decaimiento de sus fuerzas era sumo. Permanecía la enferma punto menos que inmovil de todos los miembros, comenzando á veces algunos adormecimientos que daban no poco en qué pensar. Con los ojos abiertos y estupefactos, parecía no reconocer á las personas, ni verlas distintamente. Moviada é interrogada respondía siempre